



ANA ÁVILA

**Un libro
acerca
de libros.**

Un libro acerca de libros

© 2023 Coalición por el Evangelio

Director editorial: Josué Barrios.
Diseño de portada: Jacob Mejicanos

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso de Coalición por el Evangelio. Copiar, imprimir y vender este libro es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Coalición por el Evangelio
coalicion@thegospelcoalition.org
www.coalicionporelevangelio.org

TABLA DE CONTENIDO

Prefacio

1. No temas a los libros
2. Lee en oración
3. Lee por amor al prójimo
4. Cómo leer más libros
5. Cómo aprovechar al máximo tu tiempo de lectura
6. Cómo cultivar la lectura en el hogar
7. No leas para saberlo todo

Sobre la autora

PREFACIO

Desde que tengo memoria, los libros han sido fundamentales en mi vida. En gran parte, mis recuerdos de la infancia se reducen a bibliotecas y sesiones «clandestinas» de lectura después de que mis padres me mandaban a dormir.

No leer jamás ha sido una opción.

Pero sé que mi niñez llena de libros es una excepción más que una regla. Después de todo, mi amor por la lectura fue inculcado en gran manera por mis padres y, como indican algunas estadísticas, el adulto promedio en México (mi país de origen) lee unos 3,9 libros al año.¹ Esto no significa que todos los mexicanos estén contentos leyendo hasta detenerse casi al final del cuarto libro. Más bien, lo que estos números suelen indicar es que una pequeña proporción de la población lee una considerable cantidad de libros cada año, mientras que la mayoría lee prácticamente nada, lo que reduce el promedio hasta el número que vemos en las estadísticas. Pocos adultos leen, así que pocos adultos animan a sus hijos a leer.

Lo más peligroso de esto es que, en algunos círculos evangélicos, esta tendencia suele vestirse de piedad: «Dios nos ha revelado todo lo que necesitamos en la Escritura... ¿por qué habríamos de leer otra cosa?». Líbreme Dios de

1. <https://www.statista.com/statistics/1179847/number-books-read-young-people-mexico>

sonar como alguien que menosprecia la suficiencia de la Palabra: no hay duda alguna de que en las páginas de la Biblia encontramos todo lo que necesitamos para conocer a Dios, Su plan de redención y lo que Él espera de nosotros para vivir en la piedad (2 Ti 3:16-17; 2 P 1:3). Sin embargo, cometemos un error cuando pensamos que valorar la suficiencia de la Escritura significa rechazar los regalos de conocimiento y sabiduría que Dios nos permite obtener a través de los libros.

Dios no nos ha diseñado para caminar solos. Esta es la razón por la que florecemos en las familias y las iglesias sanas. También es la razón (tal vez menos obvia) por la cuál los libros son ocasión de gozo para nosotros. Cuando leemos, estamos teniendo una conversación con alguien más. Estamos escuchando lo que el autor ha aprendido. Estamos refinando nuestras propias ideas. Estamos siendo confrontados con nuestra ignorancia. Estamos poniéndonos en los zapatos de los demás y descubriendo que tal vez no son tan distintos a nosotros. Como dijo C. S. Lewis: «cuando leemos vemos con un sinfín de ojos, pero seguimos siendo nosotros los que vemos».²

Si bien ningún autor —cristiano o no— es infalible, eso no significa que no podemos aprender de ellos mientras somos iluminados por el Espíritu Santo y ejercemos discernimiento. Si nos rehusamos a aprovechar el regalo de la lectura, nos rehusamos a recibir el regalo de la inteligencia y sabiduría que Dios ha concedido a incontables hombres y mujeres a lo largo de la historia. Es necesidad.

Ciertamente, al leer debemos guardarnos de la mentira. Pero el temor a ser confundidos no debe llevarnos a «enterrar la cabeza en la arena» y aislarnos, como si el error no existiera en nuestros corazones. Si nuestro deseo es guardarnos de la

2. C. S. Lewis, *The Reading Life [La vida lectora]* (HarperOne, 2019), loc. 141.

mentira, lo que debemos hacer es conocer profundamente la verdad, para celebrarla en los lugares donde la encontremos y señalar la mentira incluso cuando sea sumamente sutil (¡y hasta venga de nuestros autores cristianos favoritos!).

De eso trata este libro digital acerca de libros. Que sus páginas te lleven a glorificar a Dios por el regalo de aprender a través de la palabra escrita, a llenar tu mente de la verdad para guardarte del error y a desarrollar el hábito de la lectura por amor a Dios y a tu prójimo.

— Ana Ávila
Marzo 2023

NO TEMAS A LOS LIBROS

- ¡Hola, amigos! Estoy buscando un libro que me explique qué es la justificación por fe, ¿me ayudan?
- Te recomiendo el libro de Romanos, ahí encontrarás la verdad del evangelio para tu vida.

Esta escena me resulta demasiado familiar. Particularmente en Internet. Un cristiano pide que le recomienden un libro y otro cristiano le responde que vaya a leer la Biblia. Es una escena que suele desanimarme. Permíteme explicar por qué.

Espero que sea obvio que la razón por la que este tipo de intercambio me entristece no es que alguien recomiende la lectura de la Biblia. Animar a otros a acercarse continuamente a la Escritura no tiene nada de malo. Tiene todo de bueno. La Escritura es la revelación del Creador a las criaturas; a través de sus páginas podemos conocer quién es Dios y qué es lo que Él ha hecho a nuestro favor. La Biblia es luz a nuestro camino y miel a nuestro paladar (Sal 119:103, 105). Leerla no es una opción para los cristianos... es una necesidad en la que nos deleitamos, como un succulento estofado después de un arduo día de trabajo o como un vaso de agua fresca después de pasar horas bajo el sol.

No, animar a los creyentes a acercarse a la Escritura no tiene nada de malo. La manera en que los animamos, sin embargo, puede revelar algo que sí es malo: nuestra postura

antagónica frente a la lectura en general.

¿Qué es leer?

La razón por la que ver intercambios como el de arriba suele desanimarme es que me recuerda que muchos cristianos suelen pensar que leer cualquier cosa que no sea la Biblia es innecesario o incluso peligroso.

Detrás de un comentario inocente como «lee la Biblia» puede haber un creyente que por décadas ha pensado que la lectura en general es una pérdida de tiempo o un engaño del maligno. Quizá nunca habías escuchado algo así (¡espero que así sea!), pero muchos cristianos han crecido en comunidades que sospechan de cualquiera que lea libros además de la Biblia. En estos lugares se ha llegado a pensar que *sola Scriptura* significa «solo la Escritura». Ellos concluyen afirmando que, si la Biblia es suficiente, entonces nada más es necesario.

Esta manera de pensar sobre los libros sería razonable solo si tenemos un concepto equivocado de lo que significa la lectura. Técnicamente, según el diccionario de la Real Academia Española, leer es «pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados». Pero muchos han añadido a esa definición: ya que los libros son escritos por personas que dicen ser autoridad en cierta área, leer es escuchar a esa autoridad. Ya que se nos ha hecho costumbre escuchar autoridades y obedecer sin detenernos a pensar, pensamos que leer significa abrazar todo lo que el autor afirma.

Pero leer no es caer a los pies de una persona y aceptar sus argumentos sin consideración alguna. Leer no es pasar la mirada por las palabras e imprimirlas sin más en tu corazón. Leer no es absorber un montón de información; leer es

tener una conversación con el autor. Para el creyente, leer es escuchar las ideas de otra persona y reflexionar en ellas a la luz de la verdad eterna de Dios.

Esto, por supuesto, es trabajo duro. Sospecho que esa es una de las razones principales por las que lo evitamos. Es mucho más fácil elegir a unas cuantas personas de confianza y decir «sí y amén» a cualquier cosa que salga de sus labios. Pero a eso también podríamos llamarlo idolatría.

Si nos rehusamos a hacer el trabajo duro de utilizar nuestra mente para examinarlo todo y retener lo bueno (1 Ts 5:21) a la hora de practicar la lectura en general, probablemente también nos rehusaremos a hacer ese mismo trabajo duro al atender a nuestros pastores o predicadores favoritos, al tener conversaciones con las personas que nos rodean y al escuchar las palabras de nuestro propio corazón engañoso (Jr 17:9).

Adora con tu mente

La única voz perfecta es la voz de Dios. Las palabras de los seres humanos, habladas o escritas, son propensas al error. Incluyendo las que vienen de nuestro interior. Pero que las personas puedan equivocarse no significa que ellos no pueden ser usados por Dios para apuntarnos a la verdad. Querer guardarnos de la confusión rechazando los libros es como rehusarse a ser atendido por un médico solo porque, en su humanidad, él también es capaz de enfermarse: no te protege de la enfermedad, solo te hace perder la oportunidad de recibir ayuda.

Si estamos buscando guardarnos del error, lo que necesitamos no es aislarnos de todo aquello que pueda fallar, sino conocer profundamente la verdad. Antes de ir a

los libros, debemos llenarnos del Libro.

Es sabio cuidar que nuestra mente no se llene con cualquier basura. Después de todo, justo después de llamarnos a examinarlo todo y retener lo bueno, el apóstol nos manda a abstenernos de toda clase de mal (1 Ts 5:22). Hay cosas en las que no vale la pena invertir tiempo.

Pero que haya libros terribles no significa que la lectura en general sea terrible. Que sea sabio evitar algunos libros no significa que sea sabio evitar todos los libros.

¿Por qué? Alejarte de la lectura hará que pierdas la oportunidad de ejercitar tu capacidad de escuchar a otros, desarrollar temas complejos, pensar por ti mismo y buscar la verdad, adorando a Dios con tu mente. Alejarte de la lectura hará que pierdas la oportunidad de aprender y ser edificado por personas más maduras y sabias. Alejarte de la lectura hará que pierdas la oportunidad de entrar en la mente de alguien más y ver el mundo desde su perspectiva, para poder amar mejor a tu prójimo. Alejarte de la lectura hará que pierdas la oportunidad de conocer cuáles fueron los errores de nuestros antepasados y cómo amenazan repetirse hoy. Alejarte de la lectura hará que pierdas la oportunidad de conocer cómo piensa la cultura en la que vives y cómo el evangelio puede responder a ella.

Gózate en la verdad

Puede que la actitud antagónica hacia la lectura en general provenga de una búsqueda de prudencia genuina; no queremos perdernos, así que nos aislamos pensando que eso nos guardará del error. Pero reconocer que el error no está solo «allá afuera», sino también en nuestro propio corazón nos ayudará a correr continuamente hacia la Fuente de toda

verdad. Esto es lo único que realmente nos protege de las artimañas del engañador.

Así que gózate en la verdad, en la Escritura y fuera de ella. Aprende de otros. Escucha a las personas que no piensan como tú e intenta entenderlas, poniendo sus ideas a la luz de la Palabra. Ora por sabiduría. Si no sabes si un libro vale la pena o no, pide consejo a alguien piadoso. Pero haz lo que hazas, no te escondas. Usa tu mente para la gloria de Dios, cuando leas la Biblia y cuando leas cualquier otra cosa.

Por mi parte, he decidido cambiar mi enfoque cuando vea una escena como la de arriba. En lugar de desanimarme porque alguien parece menospreciar la lectura en general, me alegraré porque otra persona está valorando la ayuda que puede encontrar entre las páginas de un libro. Que más de nosotros estemos dispuestos a hacerlo, afilándonos unos a otros para seguir usando nuestra mente para la gloria de Dios y el bien de otras personas.

**

Para reflexionar:

1. ¿Cómo describirías tu actitud hacia la lectura? ¿Siempre ha sido así? ¿Por qué?
2. ¿Has caído en el error de afirmar todo lo que el autor dice cuando lees? ¿Cómo puedes cuidarte de no hacerlo en el futuro?
3. Explica en tus propias palabras por qué el aislarnos de los libros no impedirá que caigamos en el error.

LEE EN ORACIÓN

En su libro *Lit!: A Christian Guide to Reading Books* [*¡Iluminados!: Una guía cristiana para leer libros*], Tony Reinke nos recuerda que «como cristianos, leemos todos nuestros libros iluminados por Dios y en comunión con Él».³

¡Qué gran privilegio! El Dios del universo, la fuente de toda verdad, es nuestro compañero de lectura... ¡y no solo la lectura de las Escrituras! En Cristo, podemos vivir *coram Deo* —en la presencia de Dios— a cada momento, incluso al explorar toda clase de literatura para Su gloria, nuestro gozo, edificación y el bien de nuestro prójimo.

Cuando las palabras de exhortación de un autor animan nuestras almas, el Señor está ahí gozándose también. Cuando encontramos un concepto confuso o complicado, Su sabiduría divina está disponible para nosotros. Cuando las páginas exponen nuestro pecado y nos confrontan, los brazos de amor del Padre están cerca... Su oído está presto para escuchar y aceptar nuestro arrepentimiento. ¡Qué deleite es leer en la presencia del Señor!

Sin embargo, solemos olvidar este privilegio. Nos preocupamos más por añadir un libro más a la lista de «terminados» que por avanzar despacio, exponiendo las ideas del escritor a la luz de la verdad. Nos frustramos porque no encontramos con quién hablar de esa novela tan intrigante, ignorando que Dios mismo está ahí para

3. Tony Reinke, *Lit!: A Christian Guide to Reading Books* (Crossway, 2011), loc. 565.

escucharnos. Nos conformamos con pensar que el pecado del que habla cierto autor es la paja en el ojo de mi prójimo, olvidándonos de sacar primero la viga del nuestro.

¿Cómo remediamos esto? Con oración. Esta disciplina espiritual alinea nuestros corazones con la realidad de la presencia de Dios en nuestras vidas, incluyendo la lectura! Aquí hay nueve oraciones que puedes elevar con libro en mano:

Antes de leer

Ora por sabiduría para elegir libros, considerando lo efímera que es la vida.

SEÑOR hazme saber mi fin,
Y cuál es la medida de mis días,
Para que yo sepa cuán efímero soy (Sal 39:4).

La vida es corta y los libros son muchos. Por más que nos esforcemos, no podremos leer tanto como quisiéramos. Eso está bien. Los límites son parte de nuestra condición como criaturas. No podemos saberlo todo y no tenemos que saberlo todo. No tenemos que leerlo todo.

Pídele a Dios sabiduría para elegir los mejores libros en los cuales invertir tu tiempo. Exprésale tus gustos y las cosas que te gustaría aprender. Clama para que Él te ilumine para elegir los libros adecuados, que sean útiles para tu crecimiento en el lugar en donde Dios te ha llamado a servir en esta etapa de tu vida.

Ora por discernimiento para determinar tus tiempos de lectura.

Hay un tiempo señalado para todo, y hay un tiempo para cada suceso bajo el cielo (Ec 3:1).

En las épocas especialmente caóticas de la vida, incluso los lectores más experimentados se enfrentan con dificultades para apartar tiempo para los libros. Pero para ser buenos lectores no necesitamos apartar horas enteras en nuestra agenda. Solo necesitamos reconocer que todo tiene su tiempo, incluyendo la lectura.

Sean pocos o sean muchos, pídele a Dios que te ayude a determinar los momentos de la semana que puedes apartar para leer. ¡También pídele disciplina para perseverar en esos planes de acuerdo a Su voluntad!

Ora por amor a la verdad.

Guíame en Tu verdad y enséñame,
Porque Tú eres el Dios de mi salvación;
En Ti espero todo el día (Sal 25:5).

La verdad es todo aquello que corresponde con la realidad. Es aquello que es. La verdad fluye de Dios y por eso la buscamos; nos muestra un poco de quién es Él y lo que Él ha hecho. Esta verdad se encuentra, por supuesto, en la Escritura. Pero también se encuentra en la creación: en la naturaleza, en la historia y en el corazón (la conciencia) de las personas.

Aunque en este mundo caído no podemos percibir ni transmitir verdad de manera perfecta, podemos deleitarnos con los destellos que encontramos en las páginas de los libros, porque nos apuntan al Creador. Ora para que Dios te dé una pasión por encontrar la verdad y deleitarte en ella.

Durante tu lectura

Ora para poder distinguir la verdad del error.

De Tus preceptos recibo entendimiento,
por tanto aborrezco todo camino de mentira (Sal
119:104).

Para guardarnos del error debemos ser expertos en la verdad. Es preciso que estemos llenándonos continuamente de los preceptos del Señor en Su Palabra para estar capacitados cuando nos enfrentamos a las ideas humanas (¡tanto fuera como dentro de los libros!).

Ora para que Dios te dé sensibilidad para detectar las mentiras sutiles que podrías encontrar entre las páginas. Procura responder siempre esta pregunta: *¿Cómo el evangelio de Cristo responde a ellas?* ¡Esto aplica para libros cristianos! Tu autor favorito también se equivoca.

Ora por un corazón enseñable.

El que ama la instrucción ama el conocimiento,
pero el que odia la reprensión es torpe (Pr 12:1).

Admitir que te equivocaste es difícil. Sin embargo, si queremos crecer, la corrección es necesaria. Ora para que Dios te dé un corazón que ame más la verdad que el tener la razón.

Puedes aprender de toda clase de personas, incluso de aquellas que son completamente distintas a ti. Como vimos en el punto anterior, leer no es decir «sí» a todo lo que diga tu autor favorito. Por otro lado, leer tampoco es decir «no» a todo lo que diga alguien que no te cae bien.

Ora por diligencia en medio de la dificultad y confusión.

El indolente no asa su presa,
pero la posesión más preciosa del hombre es la
diligencia (Pr 12:27).

Leer es un deleite, pero es un deleite que requiere esfuerzo. Puede ser que empieces animado y que a las pocas semanas tu libro acabe empolvado en un rincón. La emoción no nos lleva muy lejos.

Ora para que Dios te ayude a perseverar con tu lectura aun cuando no tengas muchas ganas de hacerlo, o cuando encuentres algún concepto difícil de entender. Pídele que te ayude a ver los beneficios del trabajo duro y a deleitarte en el proceso.

Después de leer

Ora para ser transformado y aplicar lo que lees.

Por senda de vida va el que guarda la instrucción,
pero el que abandona la reprensión se extravía (Pr
10:17).

El conocimiento que adquirimos a través de un buen libro es importante, pero no suficiente. ¿Qué harás con lo que has aprendido? ¿Cómo puedes aplicarlo a tu vida?

La información y las historias que descubrimos a través de la lectura pueden hacernos ver nuestras faltas e inmadurez, así como inspirarnos para perseverar en medio de las circunstancias que estamos viviendo. Ora para que Dios te muestre maneras en que puedes empezar a poner en práctica las verdades que encuentras entre las páginas.

Ora para encontrar personas con quienes compartir lo que has aprendido.

Más valen dos que uno solo,
Pues tienen mejor pago por su trabajo.
Porque si uno de ellos cae, el otro levantará a su
compañero;
Pero ¡ay del que cae cuando no hay otro que lo levante!
(Ec 4:9-10).

Tu conversación con el autor no tiene que ser uno a uno. Los mejores libros siempre te inspirarán a compartir sus ideas con otras personas. ¿Por qué no oras para que Dios te muestre a qué amigos les podría edificar o estimular la información del material?

Quizá puedes invitar a un par de personas a tomar un café y platicar acerca de lo que has estado leyendo. Ellos podrían aportar sus propios conocimientos y experiencias respecto al tema, haciendo mucho más enriquecedora tu lectura.

Ora para agradecer a Dios porque puedes leer.

Den gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para ustedes en Cristo Jesús (1 Ts 5:18).

Los libros son tan ubicuos hoy en día que ya ni nos sorprendemos de la gran cantidad de información que tenemos disponible a un bajísimo costo. Hace unos cuantos siglos, esto era impensable. ¡La lectura solo estaba reservada para muy pocas personas!

Agradece al Señor que te ha permitido tener la capacidad de leer y tener acceso a más libros que nunca en la historia. ¡Ora también para que estos dones no sean desaprovechados en

tu vida!

**

Para reflexionar:

1. ¿Cómo cambia nuestra lectura cuando somos conscientes de que leemos en la presencia de Dios?
2. De las oraciones presentadas en el capítulo, ¿cuál es la más urgente en tu vida ahora mismo? ¿Por qué?
3. Antes de continuar la lectura de este recurso, pasa un tiempo orando para que Dios ilumine tu mente y te ayude a poner en práctica lo que estás aprendiendo.

LEE POR AMOR AL PRÓJIMO

Música clásica. Una humeante taza de café recién colado. El mullido sofá junto a una ventana que deja entrar la suave luz del cielo nublado. Una manta caliente. Libro en mano.

Esa es mi versión utópica de una tarde de lectura. La vida real, sin embargo, me obliga a encerrarme en la oficina unos quince minutos a la hora que se pueda, reproduciendo ruido blanco para ahogar el sonido del mundo exterior. Sea como sea lo disfruto, porque amo la lectura, no mi versión utópica de cómo ser lectora.

Es probable que suene al estereotipo del lector ermitaño. Alguien ensimismado, aislado en sus propios pensamientos. Alguien indiferente a todo aquello que sucede fuera de las páginas. Uno que disfruta más de los libros que de las personas. Debo confesar que sería fácil para mí convertirme en esa clase de persona. Me gusta pensar. Disfruto sumergirme en una buena historia. Y tengo que admitir que los libros de 500 páginas me ponen menos nerviosa que tratar de iniciar una conversación con alguna hermana al final del servicio de la iglesia.

Sí, convertirme en el estereotipo del lector ermitaño sería fácil para mí. Es por eso que debo luchar cada día para no leer por amor a los libros, sino por amor al prójimo.

Los dos grandes mandamientos

Para los cristianos, la lectura —como cualquier otra actividad cotidiana— debe ser para gloria de Dios (1 Co 10:31). ¿Cómo glorificamos a Dios? Obedecer Sus mandamientos es un excelente lugar para empezar:

El más importante [de los mandamientos] es: «Escucha, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con toda tu fuerza». El segundo es este: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». No hay otro mandamiento mayor que estos (Mr 12:29-31).

Amar a Dios y amar a otros. Nuestra vida entera debe estar orientada para vivir de esta manera. Incluso en las cosas cotidianas, como la lectura. Pero ¿cómo cumplimos los dos grandes mandamientos mientras leemos? Quizá el primero es un poco más obvio: podemos amar a Dios a través de nuestra lectura reconociendo que Él está en medio nuestro mientras leemos y crecemos en el conocimiento de la verdad. Pero ¿y el segundo mandamiento? ¿Hay manera de leer amando a nuestro prójimo?

A pesar del popular estereotipo del lector ermitaño, la respuesta es sí. Estas son solo tres de las maneras en que puedes leer por amor al prójimo:

1) Leemos por amor al prójimo cuando nos equipamos para hacer bien nuestro trabajo.

Dios diseñó el mundo de manera que nuestros esfuerzos son necesarios para hacerlo florecer. Dios le dio a Adán y Eva el jardín no solo para que lo disfrutaran, sino también para que lo cultivaran. A través de sus esfuerzos ellos ejercerían

autoridad sobre la creación y serían un reflejo del Creador (Gn 1:27-28). Aún hoy, Dios utiliza nuestras labores para traer luz a este mundo oscuro, para traer sanidad al que está herido y para traer orden en el caos de un mundo quebrantado por el pecado.

Ese es el verdadero propósito del trabajo. Ya sea en casa criando pequeñitos, en una oficina de nueve a cinco, entregando tareas en un salón de clases o sirviendo como voluntario en la comunidad. Cada esfuerzo es una oportunidad para mostrarle al mundo quién es Dios y lo que Él ha hecho (y sigue haciendo) por nosotros.

Pero no solo queremos trabajar. Queremos trabajar bien. Queremos llevar a cabo nuestras labores de la mejor manera que podamos, aprovechando al máximo nuestra energía, atención y habilidades. La lectura es una de las mejores maneras de conseguir ese objetivo.

Los libros contienen la sabiduría de hombres y mujeres que han trabajado antes que nosotros y han aprendido mucho en el camino. Ya sea que leamos sobre cómo ser padres más pacientes, cómo escribir un mejor reporte financiero, cómo organizar de manera óptima las tareas de la universidad o cómo suplir las necesidades del pobre, estamos siendo equipados para cumplir de manera más efectiva con nuestras labores y así servir (y amar) mejor a nuestro prójimo.

2) Leemos por amor al prójimo cuando leemos para aprender más sobre las personas y ser empáticos.

En mi adolescencia cometí el error de minimizar la importancia de las historias. «Con tanto que aprender acerca del mundo», pensaba, «¿por qué perder tiempo leyendo ficción?». Se me escapaba por completo que,

como nos comparte la profesora Karen Swallow Prior, la literatura «desarrolla hábitos de la mente que armonizan nuestra manera de pensar a patrones como causa y efecto, decisiones y consecuencias, y el carácter como tal. Leer ficción es estudiar el carácter. ¿Qué mejor manera de probar el carácter que en el mundo de ficción de un libro?». ⁴

Además, la buena literatura nos permite sumergirnos en el corazón del ser humano. ¿Cuáles son sus deseos? ¿Cuáles son sus miedos? ¿Cómo se enfrentan a las grandes preguntas de la vida? Las obras de ficción y las memorias nos permiten visitar la mente de otra persona y ver el mundo desde su perspectiva.

Como dice el proverbio popular: «si quieres entender a alguien realmente, camina un kilómetro en sus zapatos». Conocer profundamente a los buenos personajes de la literatura te permitirá mirar a tu prójimo con más empatía y compasión, porque habrás visto destellos de él o ella en las páginas de tu obra literaria favorita.

3) Leemos por amor al prójimo cuando leemos para aprender más acerca de Dios y compartir ese conocimiento con las personas.

La misión de todo cristiano se resume en las palabras de Jesús: «Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones» (Mt 28:19). Si estamos en esta tierra todavía, es para hablarle al mundo de Jesús y Su evangelio.

Pero a veces se nos olvida que el mandato de nuestro Señor continúa: «enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado» (v. 20). Gran parte de nuestra labor como discípulos de Jesús es enseñar a otros discípulos. Esto no es solo un mandato para pastores o líderes; todos tenemos

4. <https://www.coalicionporelevangelio.org/articulo/las-historias-importan-una-entrevista-karen-swallow-prior/>

a alguien a nuestro alrededor a quien podemos enseñar a guardar los mandamientos de nuestro Dios.

Una de las cosas que nos detiene de cumplir con esta misión de enseñar es sentir que no estamos preparados. Ciertamente, muchos de nosotros no estamos preparados. La buena noticia es que hoy más que nunca tenemos recursos accesibles (y en nuestro idioma) que pueden ayudar a equiparnos para cumplir la obra que el Señor nos ha encomendado.

Aprovecha los maestros que Dios ha regalado a la iglesia. Lee a los hombres y mujeres que han caminado con el Señor antes que tú y pueden guiarte con sabiduría en la verdad. Pero no leas solamente para llenarte. Lee para llenarte y luego ser vaciado.

**

Para reflexionar:

1. ¿Cómo cambia nuestra lectura cuando somos conscientes de que debemos leer por amor al prójimo?
2. ¿Cómo puedes usar lo que estás leyendo hoy para servir a las personas que te rodean?
3. Haz una lista de las áreas de responsabilidad en tu vida: padre, hijo, amigo, ministro, vecino, etc. Busca un libro que pueda ayudarte a crecer en cada área, para empezar una lista de libros por leer.

CÓMO LEER MÁS LIBROS

Mientras escribo estas palabras, nos encontramos en esa época del año en la que todo el mundo se propone cosas nuevas. Aunque la dura realidad de la pandemia de COVID-19 ocasionó que algunos caigan en cierto cinismo («este año mi único propósito será sobrevivir»), la mayoría de nosotros vemos el futuro con esperanza. Si Dios sigue en Su trono (¡y así es!), nosotros podemos confiar y podemos seguir adelante, esforzándonos para vivir como Dios nos ha llamado a vivir, sabiendo que los resultados están en Sus manos.

Así que establecer propósitos sabios está bien. Dios utiliza y dirige nuestros esfuerzos para Su gloria.

Uno de los propósitos más comunes para un año nuevo es «leer más». Aunque según el promedio de lectura en Latinoamérica pocos leemos más de un par de libros al año, todos estamos conscientes de que leer es importante. Es una práctica que expande nuestros horizontes, nos ofrece nuevas perspectivas, nos muestra lo poco que sabemos y lo mucho que es posible aprender. Aún más, los cristianos basamos nuestra fe en un libro. Un libro como ningún otro, pero un libro al fin. Un libro que hay que abrir, leer, y entender. Con todo, desafortunadamente, incluso los creyentes luchamos por ser constantes con el hábito de la lectura.

Son muchos los que dicen que quieren leer más y luego no hacen nada al respecto. En enero dicen que «este será el año», y luego continúan viviendo como siempre, invirtiendo tiempo y atención en las cosas de siempre. Piensan que el amor por los libros surgirá por arte de magia, invocado por sus buenas intenciones. Esto no es así. El hábito de la lectura (incluyendo la lectura de la Biblia) se cultiva. Requiere de nuestro esfuerzo.

Empieza hoy

Tal vez piensas que es demasiado tarde para ti. Quizá ese sentimiento de derrota llegará en unos meses (guarda este capítulo para entonces). Sea como sea, nunca es demasiado tarde. El simple hecho de que hayas llegado hasta este punto del libro lo demuestra. Si puedes leer, puedes convertirte en un lector. Por supuesto, eso no quiere decir que será fácil (después de todo, probablemente te has distraído más de un par de veces al intentar avanzar en este artículo). Nuestra cultura hiperconectada está en guerra contra todo lo que se necesita para sentarse a leer: constancia, atención, y paciencia.

Así que, aunque desarrollar el hábito de la lectura no es imposible, te costará trabajo. ¿Estás dispuesto a perseverar? Aquí hay algunas ideas que te ayudarán en el camino:

1) Para leer más libros, comienza por el Libro.

Dios se reveló en un libro, así que Él es el más interesado en que empieces a leer. Para el cristiano, la lectura de la Biblia es el punto de partida para leer todo lo demás.

¿Cómo somos iluminados por Dios? ¿Cómo tenemos comunión con Él? A través de Cristo Jesús, la Palabra que se

revela en la Palabra (la Biblia).

Si quieres amar la lectura de la Biblia y la lectura de buenos libros que te ayuden a crecer, pídeselo a Dios. Ora por amor a la verdad. Ora por una mente diligente. Ora por sabiduría para elegir buenos libros y para poder entender (¡y aplicar!) lo que dicen. Ora por una comunidad cercana con la que puedas compartir lo que aprendes y ser retado a seguir creciendo.

Antes de ir a los libros, llénate del Libro.

2) Aléjate de lo superficial.

Aunque no hayas leído ni un solo libro en tu vida, tu mente está saturada de información. Cada día eres bombardeado con cientos de mensajes de texto, videos, artículos, noticias, podcasts, tuits, correos electrónicos, memes y mucho más. Todos demandando tu atención; todos demandando tu tiempo.

No pretendo decir que esta explosión de información es del todo mala (después de todo, estoy contribuyendo a ella), pero sí hay que admitir que no es del todo buena. Mucho se ha escrito de las consecuencias de este exceso de datos. Me gusta la ilustración que utiliza Nicholas Carr en su libro *Superficiales*:

Llenar una bañera con un dedal: ese es el reto que afronta la transferencia de datos desde la memoria de trabajo a la memoria a largo plazo. [...] Cuando leemos un libro, el grifo de la información mana con un goteo constante, que podemos regular con la velocidad de nuestra lectura.⁵

5. Nicholas Carr, *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* (Taurus, 2011), p. 154.

En Internet, el dedal de tu memoria de trabajo (o memoria a corto plazo) está queriéndose llenar con el chorro a presión de un hidrante de bomberos. Lo peor del caso es que la información que solemos obtener de estos medios (no toda, pero sí la mayoría) no es agua pura, sino agua azucarada. Nos enferma y nos hace desear volver por más.

Si quieres llevar agua pura a la bañera de tu memoria a largo plazo, deja de pasar tanto tiempo en el hidrante de lo superficial. Cada minuto que estés ahí, es un minuto que no estás en una fuente de la que manan riquezas.

3) No te aceleres.

Cuando queremos empezar a desarrollar el hábito de la lectura, solemos ser idealistas y dirigirnos a aquellas joyas teológicas y literarias de las que todo mundo habla. La realidad no tarda en golpearnos: leerlas no es fácil.

Es mejor comenzar por algo sencillo y algo que sea bastante probable que disfrutes. Un tema que llame tu atención y que tengas curiosidad genuina de explorar. Leer no debería ser un martirio. Por supuesto, ya hemos dicho que no será del todo fácil (especialmente cuando vas empezando), pero no se trata de estar sufriendo todo el proceso. Si te interesa leer temas teológicos, aquí hay algunas buenas opciones para iniciar:

- *El Dios pródigo*, de Tim Keller
- *La vida cruzcéntrica*, de C. J. Mahaney
- *Serie: Preguntas cruciales*, de R. C. Sproul
- *Serie: Las crónicas de Narnia*, de C. S. Lewis
- *Serie: Ebooks Coalición* (disponibles gratis en coalicionporelevangelio.org/ebooks)

¿Qué debes hacer si el libro no está funcionando?
¿Encuentras que te está costando demasiado continuar con él? Pregúntate por qué, y no tengas miedo de dejarlo a un lado temporal o permanentemente y probar con otro título.

4) Registra tu progreso y rinde cuentas.

No es por nada que la Biblia nos dice que «más valen dos que uno solo» (Ec 4:9). Dios no nos hizo para caminar solos. Al rescatarnos, nos dio una familia; nos hizo parte de la iglesia. Deja que esta familia te acompañe incluso en las cosas aparentemente pequeñas, como desarrollar el hábito de la lectura.

Encuentra un par de amigos que deseen desarrollar el hábito de la lectura contigo y reúnanse regularmente para compartir su progreso y sus luchas. Podrían verse cada dos semanas para hablar de los libros que han estado leyendo y de qué les ha funcionado para mantenerse constantes con su hábito. Tener un diario de lectura (o utilizar una herramienta como Goodreads) les ayudará a tener datos concretos sobre su avance.

Tu mente necesita otras mentes

Leer es tener un encuentro con otra mente a través del tiempo y el espacio. Como no lo sabes todo y tu perspectiva es limitada, necesitas otras mentes. Necesitas leer.

Si jamás has leído un libro en tu vida, no pienses que esto no es para ti. No pienses que es demasiado tarde. Ora y empieza. No te arrepentirás.

**

Para reflexionar:

1. ¿Cuánto tiempo inviertes a la semana en la lectura? ¿Es más o menos del que te gustaría invertir?
2. ¿En qué cosas estás invirtiendo demasiado tiempo... tiempo que podrías dedicar a la lectura?
3. Abre tu calendario y coloca espacios para tu lectura bíblica diaria. Añade al menos tres espacios de 15 minutos en la semana para la lectura en general.

CÓMO APROVECHAR AL MÁXIMO TU TIEMPO DE LECTURA

Una cosa es leer mucho, otra cosa muy diferente es leer bien. Si quieres leer mucho, no voy a desanimarte (aunque quizá cuestione un poco tus intenciones). Lo que sí haré es advertirte lo siguiente: no pongas la cantidad de tu lectura por encima de la calidad de tu lectura.

Ahora, por «leer bien» no me refiero a recordar cada detalle de cada uno de los libros que has leído. Muchos viven frustrados porque a los pocos días de terminar un material ya olvidaron muchos de sus detalles. Eso, desafortunadamente, es natural. Así funciona la memoria humana. Si no repasamos lo que hemos leído, pronto lo olvidaremos. La buena noticia es que no leemos para memorizar. Leemos para comprender y ser transformados. Leemos para encontrarnos con otras mentes y crecer a través de ese encuentro. Para caminar en los zapatos de otros y ver el mundo desde su perspectiva.

¿Cómo, entonces, podemos asegurarnos de que estamos aprovechando al máximo nuestro tiempo de lectura? ¿Cómo nos aseguramos de que estamos enfocándonos en la calidad y no en la cantidad? Aquí algunas ideas:

1) Lee la Biblia.

Conocer profundamente la verdad es la única manera de

estar listo para reconocer el error. Muchos tememos que nuestras mentes sean confundidas al adentrarnos al mundo de los libros, mientras que nuestras Biblias permanecen empolvadas en un rincón.

No te equivoques: no pensar (no leer, no escuchar, no aprender) no te librerá de equivocarte. Dejemos de enterrar la cabeza en la arena. Sin darnos cuenta, miles de voces (incluyendo la de nuestro propio corazón pecaminoso) están moldeando nuestras ideas cada día. Evitar los libros no nos protege de la confusión. Conocer bien la verdad, sí (2 Ti 3:16-17).

2) Establece el objetivo de tu lectura.

No todos los libros se leen igual. La manera en que abordamos un material dependerá de lo que queramos lograr a través de la lectura.

¿Estás estudiando para un examen? Probablemente deberás concentrarte en organizar el material de manera lógica y entender cómo se conecta cada tema presentado, tomando un buen rato para memorizar los conceptos clave. ¿Quieres conocer un asunto de manera general? Lo que necesitas será una lectura rápida de varios libros que aborden el tema desde perspectivas ligeramente diferentes. ¿Quieres comprender a profundidad la manera de pensar de cierto autor? Quizá tengas que leer varias de sus obras, muy despacio, con pluma y libreta en mano para anotar lo que vas descubriendo.

Si no sabes cuál es tu objetivo de lectura, ¿cómo implementarás las estrategias adecuadas para alcanzarlo? No necesitas estudiar cada libro como si fueran a ponerte un examen, pero tampoco puedes pretender comprender conceptos profundos dando una sola lectura rápida al

material. Define tu meta y diseña una estrategia apropiada para conseguirla.

3) Elimina distracciones.

Nuestro cerebro no fue diseñado para enfocarse en varias cosas a la vez. Es cierto que podemos hacer más de una cosa al mismo tiempo (como escuchar un podcast mientras lavamos los platos), pero solo porque una de las actividades —lavar los platos— no requiere demasiada atención. Es una actividad tan habitual para nosotros que la llevamos a cabo sin necesidad de pensar en ella. Los seres humanos no fuimos hechos para ser multitarea.

Con esto en mente, debes ayudar a tu cerebro a concentrarse en el libro que tienes delante. Parece difícil de creer, pero el simple hecho de tener un teléfono a la vista, sin ninguna notificación, hace que nuestra efectividad disminuya. De algún modo estamos esperando que nos distraiga. Imagina lo poco que aprovecharás tus libros si cada dos minutos te estás deteniendo para revisar un mensaje o correo electrónico. Tanto como sea posible, elimina las fuentes de distracción antes de sentarte a leer. Deja de decirte que «puedes manejarlas»; quítalas y ya.

Cuando empieces a ser radical al eliminar aquellas cosas que te hacen perder el enfoque, te darás cuenta de que la mayoría de las distracciones vienen desde adentro. La mente divaga, y cuando tenemos que concentrarnos en la lectura se nos ocurren diez mil cosas por hacer. No te atormentes. Cuando notes que tu mente se está yendo a otra parte, esfuérzate por regresar tu atención a la lectura. No importa si debes hacerlo veinte veces por minuto. No te rindas. Ejercitar tu atención es como ejercitar un músculo. Poco a poco irás mejorando, con la práctica constante. Ten a la mano un pedazo de papel para

anotar ideas y pendientes que vienen a tu mente durante tu tiempo de lectura. Con eso te asegurarás de no olvidar nada importante y será más fácil regresar tu atención al libro.

4) Ten pluma en mano.

El bolígrafo será útil no solo para apuntar aquellas cosas que amenazan con distraerte. Leer con pluma en mano es bueno porque te permite hacer de tu lectura una conversación. Ya no estarás solo escuchando lo que el autor tiene que decir, sino que también estarás respondiendo. Escribe tus ideas, impresiones, e incluso tus respuestas emocionales. Usa símbolos como estrellas, signos de exclamación, flechas, círculos, y corazones. Crea tu propio sistema. Haz de esa copia del libro tu copia personal.

Leer con un bolígrafo en mano te ayudará a mantenerte activo durante la lectura, en lugar de permanecer pasivo meramente recibiendo un montón de información. Mantén tu mente involucrada cazando frases impactantes, conectando ideas clave, haciendo comentarios positivos o críticos, y demás. La experiencia de lectura debe ser una en la que estás inmerso, no simplemente observando como un espectador.

5) Haz preguntas y busca respuestas.

Imagina que tuvieras el privilegio de pasar una tarde tomando café con tu autor favorito. ¿No tendrías un millón de preguntas para él o ella? Esa es la actitud que debes tener mientras lees: ¿De dónde sacaste esta idea? ¿Cómo se conecta este tema con aquel? ¿Por qué usaste esa palabra y no esta otra? Leer no es absorber todo lo que el escritor dice, sino tener una conversación con él.

Conforme avanzas irás encontrando respuestas para algunas de tus preguntas. Quizá más adelante o más atrás en el texto, o en las notas al pie. Con todo, probablemente terminarás con varias interrogantes sin responder. Tal vez fue porque te distrajiste, o puede que el autor haya fallado en (o no haya tenido la intención de) resolverlas. Ningún libro puede proveer todas las soluciones a todas las inquietudes que surgen en nuestra cabeza. En estos casos, podrías buscar respuestas en otro material del mismo autor, o en algún recurso de otro escritor que aborde asuntos similares. Explorar diversos libros del mismo tema nos ayudará a tener una visión más completa del mismo.

Si hay conceptos que no entiendes completamente, puedes considerar consultar enciclopedias o diccionarios que iluminen tu entendimiento. Te recomiendo que no hagas esta investigación en medio de tu sesión de lectura (a menos que sea realmente imposible continuar con el argumento sin conocer cierto concepto). Es mejor apartar un tiempo específico para la investigación adicional. Durante la lectura, ten una pequeña libreta a la mano y apunta las palabras o conceptos que quieras buscar más adelante.

6) Comparte con otros.

Dicen por ahí que si no puedes explicar algo de manera sencilla, en realidad no lo has entendido bien. Muchos de nosotros pensamos que tenemos las ideas muy claras mientras leemos, pero cuando intentamos articularlas nos damos cuenta de que no es así.

Intenta explicar a alguien más lo que estás aprendiendo en tu lectura. Si no tienes a nadie con quien hablar sobre libros ahora mismo, puedes empezar escribiendo un resumen de las ideas principales en tus propias palabras (y sin mirar

el material). Esto será incómodo. Con frecuencia te darás cuenta de que hay cosas que no terminaste de comprender y tendrás que regresar al libro para revisarlas.

A nadie le gusta descubrir las brechas en su entendimiento. Pero es crucial detectar los elementos de un concepto que todavía no comprendes completamente. Esto te permitirá regresar, releer, hacer preguntas y buscar respuestas clave para realmente progresar en tu entendimiento.

Lee bien, vale la pena.

Leer no es fácil. Leer bien lo es todavía menos. Pero leer bien vale la pena. Leer bien llevará tu mente a lugares que no has explorado, abrirá tus ojos a nuevas realidades, confrontará tus ideas preconcebidas acerca de las personas y del mundo en el que vives. No te rindas.

Recuerda: un verdadero lector no es aquel que nunca batalla para concentrarse o entender, sino aquel que persevera en medio de la lucha. Todos podemos convertirnos en esa clase de lector, un libro bien leído a la vez.

**

Para reflexionar:

1. ¿Estás dándole a la lectura de la Biblia un lugar prioritario en tu vida? Si no es así, ¿por qué? ¿Qué puedes hacer al respecto?
2. ¿Dónde lees normalmente? ¿Crees que es un espacio que promueva la lectura concentrada y activa? ¿Qué pequeño ajuste puedes hacer para mejorarlo?
3. Escríbele a un amigo para ir a tomar un café juntos y platicar acerca de libros.

CÓMO CULTIVAR LA LECTURA EN EL HOGAR

He sido una amante de los libros durante casi tres décadas, es decir, casi toda mi vida. A mi mamá le encanta contar cómo yo exigía que me enseñaran el sonido de las consonantes, cuando los niños de mi clase todavía estaban aprendiendo las vocales. Los momentos más tiernos con mi padre fueron las tardes en el sofá, él con su libro y yo con el mío, juntos pero en mundos totalmente distintos.

Mi amor por la lectura creció tanto que mis papás tuvieron que empezar a preguntarme: «¿Qué regalo quieres para tu cumpleaños? Algo que no sea un libro». Si me portaba mal, el castigo era quitarme el libro en el que estaba sumergida en ese momento. A la hora de la comida conversaba solo unos minutos y luego pasaba las páginas por debajo del cristal de la mesa, leyendo mientras comía mi caldo de frijol con queso.

Mientras escribo estas palabras me doy cuenta de que mi pasión por la lectura probablemente sobrepasaba lo «normal». Por más amante de los libros que sea una familia, no todos desarrollarán esa obsesión juvenil que me caracterizaba (¡gracias a Dios!). Pero a pesar de que mis hermanas no llegaron a los extremos en los que yo caí, las tres desarrollamos un amor por la lectura que conservamos hasta hoy. Creo que eso tuvo mucho que ver con la casa donde crecimos.

Cada familia es diferente, pero estas son algunas cosas que todos podemos hacer para construir hogares donde se aman los libros.

1) Sé un lector.

El ejemplo es la mejor manera de animar a otros a convertirse en lectores. Desafortunadamente, muchos padres son como los escribas y fariseos: «dicen y no hacen» (Mt 23:3).

No pongas sobre tus hijos cargas que tú mismo no estás dispuesto a llevar. ¿Cómo esperas que tus hijos no estén todo el día en el televisor o jugando videojuegos cuando tú mismo pasas cinco horas diarias frente a la pantalla de tu teléfono?

Si quieres que tus hijos sean buenos lectores, pasa menos tiempo diciéndoles que lean y más tiempo leyendo. Cuando ellos te vean disfrutar tiempos largos entre las páginas, su curiosidad despertará. Querrán imitar a mamá y sentarse en el sofá hojeando un libro. Querrán ser como papá y «leer» en voz alta, aunque nadie entienda lo que están diciendo.

Si quieres que el amor por los libros inunde tu hogar, empieza procurando que inunde tu propio corazón. Desarrolla el hábito de la lectura y encuentra esos autores o temas que llenan tu mente, cautiven tu corazón y te impulsan a la acción. Disfruta el proceso y verás que no pasará mucho tiempo antes de que otros deseen unirse a la diversión.

2) Llena tu casa de libros.

¿Qué te hace sentir «en casa»? Quizá cierto aroma que sale del horno de la cocina. Tal vez una colección de plantas de interior que adornan la ventana. A mí, sin duda alguna, lo que me hace sentir en casa es una estantería llena de libros.

Desafortunadamente, muchos relacionan los libros solo con el salón de clases o la biblioteca. Nos acercamos a ellos por obligación o para completar una tarea. Con el tiempo llegamos a considerarlos objetos misteriosos que solo las mentes más brillantes pueden comprender. Lo malo es que es muy posible que esa misma actitud la tendremos para con la Biblia, lo que nos mantendrá alejados del alimento espiritual que el Señor estableció para nuestras almas.

Pero los libros no deben ser algo ajeno o distante a nosotros; no necesitan ser un lujo al que solo tenemos acceso de vez en cuando y solo por necesidad. Podemos rodearnos de ellos y empezar a hacerlos parte de nuestro día a día.

Si tu casa está llena de libros, hasta los más pequeños podrán familiarizarse pronto con pasar las páginas y observar. Aprenderán a ser cuidadosos (¡aunque haya algunas víctimas librescas en el proceso!) y pacientes. Se acostumbrarán a explorar las estanterías cuando hay un rato libre los miércoles por la tarde.

Esto, por supuesto, requerirá que inviertas en libros. Créeme, será uno de los mejores regalos que puedas ofrecerles a tus hijos (¡incluso si ellos no lo aprecian hasta que sean mayores!). Incluye al menos un libro en cada regalo de cumpleaños o Navidad, haz de la lectura parte de tu presupuesto mensual y busca una biblioteca en tu ciudad de la que puedas rentar libros de manera regular.

3) Lean juntos.

A pesar del estereotipo del lector ermitaño, la lectura no tiene que ser una actividad solitaria. De hecho, puede ser un tiempo de conexión familiar como ningún otro.

Leer como familia es una excelente manera de romper la asociación que los libros suelen tener con las tareas y los exámenes. Aquí nadie evaluará cuántas páginas completaste o qué tanto comprendiste. Simplemente estaremos disfrutando juntos de una buena historia o aprendiendo cosas interesantes sobre el mundo en que vivimos.

Toma la iniciativa. No esperes a que los niños te pidan una historia y a que todos se sientan entusiasmados por sentarse a leer (¡incluyéndote a ti!). Hazlo parte de la rutina diaria, pase lo que pase. Que se convierta en una de esas costumbres que ustedes tienen como familia continuamente, sin que nadie tenga que preguntar cuándo y dónde.

Por supuesto, no tengas la expectativa de que estos momentos serán perfectos. No tienen que ser «de película» ni muy extensos. Habrá ocasiones en las que tendrás que pedir a los niños que guarden silencio o que se sienten, una y otra vez. Muchas veces lo último que tú o tu cónyuge querrán hacer después de un duro día de trabajo será sentarse a leer. Persevera; valdrá la pena. Las semillas de lectura darán su fruto en el corazón de cada miembro de la familia.

4) Que los libros sean solo el comienzo.

Los libros son la puerta a miles de mundos por explorar... ¡que la aventura no se quede solo entre las páginas!

Visiten librerías y bibliotecas. Vean películas basadas en libros (¡se vale antes y después de leer!). Disfrácese de personajes y actúen sus escenas favoritas. Explore en la vida real las maravillas del mundo que han descubierto en sus enciclopedias favoritas. Dibujen sus relatos favoritos y escriban nuevas historias. Busquen maneras de compartir con otras personas el fascinante mundo de los libros.

5) No fuerces las cosas.

La lectura es un deleite, no un castigo. Por supuesto, hay momentos en los que buscaremos perseverar en el hábito de la lectura incluso cuando es difícil o no tenemos ganas. Sin embargo, siempre podemos encontrar la manera de mostrar que la lectura es un hábito maravilloso que a veces es duro, no una obligación que simplemente tenemos que soportar.

Evitemos poner metas de páginas o libros leídos en cierto tiempo que nos hagan sentir que tenemos que mantener el paso en lugar de disfrutar la historia. No obliguemos a nadie a continuar con un libro que no está disfrutando. Probemos con la lectura en voz alta o los audiolibros para aquellos que tienen dificultades en seguir el texto. Empecemos con tiempos cortos de lectura. Apreciemos las novelas gráficas y las historietas como una buena forma de empezar a desarrollar el amor por la lectura.

Habrán personas que se inclinen más naturalmente a la lectura y otras que no. Eso está bien. Nuestra meta no es que todos terminemos leyendo a través de la mesa del comedor. Nuestra meta es que cada miembro de nuestra familia pueda apreciar el regalo de un buen libro y disfrutar de la lectura en lo cotidiano, como si fuera lo más natural del mundo.

**

Para reflexionar:

1. ¿Tienen los libros un lugar prominente en tu hogar? ¿Son los libros algo accesible para chicos y grandes? ¿Qué pequeño ajuste puedes hacer para mejorar esto?
2. ¿Cuánto tiempo pasas leyendo delante de tus hijos u otros miembros de la familia? ¿Estás enseñándoles

que el tiempo de lectura de otros es algo que debe respetarse? ¿Se sienten con libertad de unirse a ti cuando estás leyendo?

3. Establece tiempos de lectura en familia, al menos tres veces por semana. Mi espacio favorito es durante la cena, pues todos están sentados y con la boca llena, lo que disminuye las interrupciones. :-)

NO LEAS PARA SABERLO TODO

Durante mi niñez y adolescencia pasé mucho tiempo entre libros y bibliotecas. Eso no ha cambiado demasiado. Lo que sí es diferente es el objetivo que tenía en mente durante mis primeros años como lectora: quería saberlo todo.

El poder de los libros me parecía fascinante. Con tan solo diez años de edad podía acercarme a una estantería en la biblioteca, tomar un libro, abrir sus páginas e inmediatamente ser transportada al Antiguo Egipto o adentrarme en el esplendor del espacio exterior. En unas cuantas horas podría tener en mi mente conocimiento que a la humanidad le tomó siglos adquirir o desarrollar. ¿Por qué me ruge el estómago cuando tengo hambre? Hay un libro sobre eso. ¿Por qué existen tantas denominaciones cristianas? Hay un libro sobre eso. ¿Qué hay en el centro del planeta Tierra? Hay un libro sobre eso.

Estaba segura de que mientras exploraba entre las páginas —de alguna manera, si invertía el suficiente tiempo— llegaría el momento en que podría tener todas las respuestas de todas las preguntas de la vida.

Sigo fascinada por el poder de los libros, pero ahora reconozco que es un poder muy humano. Hoy reconozco a los autores —que en mi adolescencia parecían seres casi divinos, guardianes de los secretos de la humanidad— como personas comunes, parecidos a mí. Ellos no escriben porque ya tienen

todas las respuestas, sino porque quieren dedicar su tiempo a explorar las preguntas y ensayar algunas respuestas.

Hoy percibo destellos de ese deseo juvenil por saberlo todo cuando alguien me pregunta: «¿Cómo haces para recordar todo lo que lees?». En la pregunta está la suposición de que los «lectores profesionales» han descubierto el secreto para que la información valiosa que adquieren de los libros quede en su memoria para siempre. Pero no, no recuerdo todo lo que leo. En primer lugar, recordarlo todo es imposible. Nuestra memoria es limitada e imperfecta. Pero además, no recuerdo todo lo que leo porque simplemente no vale la pena recordar todo lo que leo.

Recordar todo no vale la pena

En su memoria *Una educación*, la historiadora Tara Westover cuenta cómo su manera de leer cambió mientras estudiaba en Cambridge. Antes ella leía «para saber qué pensar, no para aprender a pensar por [sí] misma». Después entendió que, para escribir como académica, tendría que «leer los libros de manera diferente, sin entregar[se] al miedo o a la adoración».⁶

Entregarse al miedo o a la adoración es fácil. Hacemos una lista de autores «aprobados» y otra de «rechazados», abrazando con entrega absoluta lo que dicen los primeros mientras ignoramos cualquier cosa que salga de la pluma de los segundos. Cuando nos encontramos con un autor nuevo no sabemos qué pensar —no sabemos en qué lista ponerlo— así que suspendemos el juicio hasta que alguien más lo evalúe por nosotros.

Es bueno ser cuidadoso al elegir qué leer. Pero lo mucho o lo poco que nos guste un autor es solo un factor de los

6. Tara Westover, *Educated: A Memoir* (Random House, 2018), pp. 238-239.

muchos que debemos considerar al emitir un juicio sobre sus ideas... y cuando hablamos de recordar lo que leemos, es crucial emitir juicio. En los libros —isean del autor que sean!— encontraremos ideas terribles, ideas no tan buenas, ideas irrelevantes, ideas buenas y también ideas excelentes. No vale la pena recordarlas todas.

El impulso a la adoración de los autores como «guardianes de los secretos de la humanidad» nos hace creer que debemos recordar todo lo que han escrito. Tener en mente que los autores son humanos limitados como nosotros nos libera: podemos tomar lo bueno, lo excelente, y dejar a un lado lo demás.

No fuiste hecho para ser una enciclopedia

Pero ¿por qué queremos saberlo todo? ¿Por qué nos obsesiona recordar todo lo que leemos? ¿Queremos impresionar a las personas con el número de citas de Charles Spurgeon que podemos recitar? ¿Nos avergüenza que alguien nos pregunte cuándo fue el concilio de Nicea y tengamos que responder «no sé»? ¿Nos preocupa que un libro «no cuente» a menos que podamos disertar con precisión sobre las ideas principales que desarrolla el autor?

Se nos olvida que el objetivo de nuestra lectura no es llenar nuestro cerebro con un montón de datos, sino escuchar las ideas del autor, ver el mundo desde otra perspectiva y ser transformado con discernimiento y sabiduría, para la gloria de Dios y el bien de otras personas. Como alguien dijo una vez: «No puedo recordar los libros que he leído más que las comidas que he comido; aún así, me han hecho lo que soy».⁷

La realidad es que nunca podremos saberlo todo porque no hay un todo que saber. No para nosotros. Por cada respuesta

7. La frase frecuentemente se atribuye a Ralph Waldo Emerson, pero existe debate al respecto.

que encontramos a través de la observación, el estudio y la reflexión surgen diez preguntas nuevas que nos dejan perplejos. Aún más, nuestras respuestas son imperfectas y limitadas porque nosotros mismos somos imperfectos y limitados. Como dice la Escritura, «el hacer muchos libros no tiene fin, y demasiada dedicación a ellos es fatiga del cuerpo» (Ec 12:12).

La fatiga se disipa cuando ponemos la mirada en el Único que puede saberlo todo, no en la mucha información que podemos coleccionar a través de la lectura. Nuestro Señor no solo es omnisciente, sino que también es la Fuente de toda sabiduría y entendimiento (Col 2:3). Él nos basta. La lectura es simplemente un medio para el fin más sublime: glorificar a Dios con mi mente y amar a mi prójimo.

Abraza el «no sé»

Todavía leo mucho, pero mi objetivo ya no es alcanzar el fondo en el mar del conocimiento. Ahora simplemente me deleito en bucear en la vastedad de ese mar, que surge de la Fuente de toda sabiduría. Me gozo en lo que sé y también me gozo en el misterio. Tanto la claridad como la incertidumbre me apuntan al Dios que me permite conocer... el Dios que comprende todo aquello que yo ni siquiera me imagino.

Para reflexionar:

1. ¿Para qué lees?
2. ¿Cómo te sientes cuando, en la lectura o en la vida en general, eres confrontado con tu ignorancia? ¿Cuál es tu reacción?
3. Aparta un tiempo para orar y agradecer a Dios por que, a pesar de que tú no sabes ni entiendes todo, Él sí.

Sobre la autora

Ana Ávila es escritora *senior* en Coalición por el Evangelio, Química Bióloga Clínica, y parte de Iglesia El Redil. Es autora de *Aprovecha bien el tiempo: Una guía práctica para honrar a Dios con tu día* (Grupo Nelson, 2020). Vive en Guatemala junto con su esposo Uriel y sus dos hijos. Puedes encontrarla en YouTube, Instagram y Twitter (@anaavilaosuna).



www.coalicionporelevangelio.org